
Composición que obtuvo el premio
del Instituto, (\$200 00 cs. en efectivo)
correspondiente al tercer tema.

ENSEÑANZAS QUE ENCIERRA PARA LA JUVENTUD

LA VIDA DEL

BENEMERITO JUAREZ

EXTINGUIDAS ya las pasiones exaltadas de los partidos que en época de formación ensangrentaron nuestra Patria, calmados los ánimos con el transcurso del tiempo, enmohecidas las armas de combate, y cuando ya quedan pocos en la escena de la vida, de los principales protagonistas de esa gigantesca lucha de redención moral y política, de reforma social y económica en que estuvo á punto de perecer la Soberanía de la Nación, hoy que las generaciones que se levantan no tienen ni el rencor de los vencidos ni la sed de venganza de los vencedores, y cuando al calor de las pasiones políticas ha sucedido la justicia de la Historia, podremos apreciar los frutos de esa labor sangrientísima, sin temor de llegar á los extremos y, recoger como legado de las generaciones de combate las enseñanzas de una dolorosa experiencia que nos enseñará á prever mejor el porvenir.

En el Concurso Literario y Científico á que el Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca convoca á todos los estudiantes de la República, figura el tema que sirve de encabezado á estas líneas, y él por sí solo es el toque de campana que nos dice que la hora ha llegado de estudiar la historia de un período evolutivo de la vida independiente de México, de la Reforma social y de la Democracia en América, encarnada en la personalidad del Sr. Juárez, despojándola de las deformidades con que la revisten las pasiones de partidos, para convertirla en verdad universal é infiltrarla en el corazón de la juventud que se levanta, como la enseñanza moral más pura que lleva en sus preceptos las máximas de la justicia que defiende todos los derechos, las máximas de libertad que destruye todas las opresiones y garantiza todas las libertades, las máximas de tolerancia que garantiza la libertad de todas las conciencias y las máximas de paz y de amor que son un elemento de felicidad en los hogares.

Al Benemérito Juárez se le ha juzgado desde diversos puntos de vista, como un mónstruo por sus enemigos, que ya desaparecieron, como una encarnación é instrumento de partido, por los avanzados é intransigentes que no veían en la fisonomía del jefe sino los rasgos de una exaltación que debió destruirlo y aniquilarlo todo, y, por los que hemos nacido ayer, como un gran hombre, como un gran ciudadano, como un gran estadista y como un gran patriota.

Pero estamos ya en aptitud de comprenderlo y darle su verdadero lugar en la historia de la humanidad, y después, colocándonos en el punto de vista educativo, mostrarlo á la juventud, no para hacer partidarios, sino para hacer hombres justos; no para fomentar un partido determinado, sino para formar hombres fuertes, para formar corazones buenos y generosos para el servicio de la Patria, del progreso y de la justicia. Y desde este punto de vista, el asunto es de grandí-

sima importancia y plumas superiores á la que esto escribe, corresponderán al propósito del Concurso.

* * *

La juventud encuentra en la vida del Sr. Juárez un gran libro abierto y lleno de sanas enseñanzas; el huérfano y desheredado de la fortuna una frase de consuelo, el débil una palabra de aliento, el humilde y obscuro un rayo de sol que lo vivifica y lo levanta, el que sufre y flaquea una mirada que le enseña á ser estoico, el indeciso que vacila una intuición que le empuja á la firmeza, el que duda la fe en sí mismo, el desesperado la razón fría y serena y el cálculo que enseña, á vencer tarde ó temprano, el indio, esa raza proscrita y olvidada, que se enerva y se consume en su aislamiento, que sufre hoy como sufría antes, que se acoge al fanatismo porque éste insidiosamente le ofrece un descanso en la otra vida ya que en ésta la indiferencia con que es vista la agobia, que se acoge al amparo de la sotana creyendo escuchar bajo de ella las frases de consuelo vertidas por el redentor Las Casas, esta raza, encuentra en él un Mesías, una promesa, una gigantesca ráfaga del pasado que vino á revelarnos que el Tonatiuh de nuestros antepasados aun no se hunde por completo, y que de ese sangriento ocaso que comienza con Cuauhtemoc, aun brotan chispazos de una fuerza prepotente y rayos de esperanza para una regeneración futura.

Por eso debemos estudiarlo antes que todo, como un gran carácter y después como un gran patriota. Debemos mostrarlo á la juventud desde el punto de vista moral, así estará á su alcance y será mejor comprendido.

* * *

La grandeza de Juárez nació con él en la humildad de Guelatao.

Como ejemplo que imitar debemos presentar á la juventud al niño desheredado y débil que, á semejanza del Moisés bíblico, hizo surgir de la obscuridad la luz, de la debilidad la fuerza, que se sirvió del infortunio para levantarse y de la horfandad para hacer la paternidad de un pueblo.

No vamos á relatar paso á paso la vida del Sr. Juárez, tarea será ésta del biógrafo y del historiador; un episodio, el más sencillo bastaría al fin que nos proponemos.

Los psicólogos y los educadores, al estudiar los factores de la conducta humana, encuentran, después de un análisis cuidadoso, estos tres fundamentales: *el deseo ó sea* la aspiración, que puede traducirse en hacer ó no hacer alguna cosa, *el raciocinio* y por fin *el esfuerzo de la voluntad*; el primero es eminentemente pasivo, es fundamental, pero aislado sería el enervamiento. El raciocinio es ya un principio de actividad que medita y busca los medios de satisfacer el deseo y por fin el esfuerzo de la voluntad ya es la función de todo el mecanismo que puede manifestarse activa ó pasivamente y que en síntesis no es sino *lucha*. Los hombres como los pueblos luchadores son los que triunfan; para éstos la voluntad es el dinamo que con sus poderosas corrientes fulmina, atraviesa y funde los obstáculos que se oponen al paso. De aquí que el éxito para los hombres como para los pueblos dependen más de la energía intensa de una voluntad infatigable que de una gran inteligencia.

Al niño Juárez lo vemos abandonar fugitivo su terruño y tomar resueltamente el camino que lo conduciría á la ciudad

á donde entraría asombrado de cosas nunca vistas ni soñadas, sin poseer el idioma español para hacerse entender, y sólo, con el fardo de sus sufrimientos de huérfano, nada le detuvo, nada le arredró, obedecía á los impulsos de su voluntad decisiva gobernada por su discernimiento natural que lo apartaron de caminos extraviados.

Pero este resultado trae un origen más profundo; existe hoy como existía antes de Juárez, en el seno de las razas indígenas que pueblan lo que es hoy el Estado de Oaxaca, una sana predisposición para enseñar á los niños el camino del bien con principios de la más sana moral, mitad llevada por el Cristianismo, mitad existente antes de la conquista como hija del temor de Dios y de la pureza de las costumbres. Esto ha formado el carácter distintivo del indio oaxaqueño, en quien la generosidad se acentúa, la fidelidad y la honradez se convierten en creencia religiosa, informando así la lealtad y pureza de los sentimientos.

Todos esos buenos principios, la sencillez de costumbres y la pureza de los sentimientos formaron el corazón de Juárez.

Su gran voluntad fué una herencia propia de su raza, de esas razas del Sur fortificadas á fuerza de tantas luchas, que resistieron el empuje de los escudos de Axayacatl y de Ahuitzotl, y que á pesar de que sobre ellas pasó el huracán de los ejércitos del Anáhuac para internarse en lo que hoy es Guatemala, conservaron su idioma, su religión, su carácter, sus costumbres, en suma, su civilización.

Pero todo esto debía perecer con el predominio de otra civilización más adelantada, y, de hecho pereció con la conquista española, que vino á realizar esa ley fatal que rige la vida de los pueblos y de las civilizaciones. ¿Mas, cómo explicar en Juárez la herencia de esa voluntad, después del abatimiento de las razas por la conquista?

El fenómeno es bien sencillo. La expoliación de los in-

dios fué más intensa y más degradante mientras más á mano estuvieron de los españoles, se sustrajeron á esa degradación á medida que más lejos de ellos se encontraron y conservaron así su relativa independecia y la pureza y el brío de su raza.

La sombra del conquistador para las razas indígenas se pareció á la de esos gigantes árboles bajo cuyo ramaje toda vegetación perece.

Por eso los indios de la mesa central y particularmente los que habitan los pueblecillos que rodean á las ciudades de esta región, conservan en su aspecto miserable de sangre y falta de espíritu, las huellas profundas de una degradación brutal que los ha hecho melancólicos y sombríos, guardando en el fondo de sus sentimientos, un rencor inextinguible y hereditario, como intenso fué el sufrimiento que lo produjo. Así se explica por qué mientras en éstos todo es miseria y degeneración, en aquellos que gracias á la inclemencia del clima, á la poca explotación de grandes haciendas y minas, á las escabrosidades de la naturaleza, se sustrajeron al látigo del encomendero. Así se explica cómo los montañeses de Zacapoaxtla se batieron como leones contra los franceses en los muros de Puebla en 1862, así se explica por qué el glorioso Ejército de Oriente, formado en su mayoría por montañeses de Oaxaca, donde quiera dejó bien sentado su nombre de valiente y sufrido, así se explica por qué el General Díaz formó sus batallones favoritos con hijos de la sierra de Oaxaca y por qué mientras los hijos de las montañas formaron las tropas de línea, el indio de la mesa central sólo fué carne de cañón servida en las trincheras.

Tened en cuenta pues, un corazón formado con los principios de una sana moral, en el seno sencillo y exento de vicios como lo es el de las familias indígenas, tened en cuenta el estoicismo de una raza que gracias al medio se salvó de la devastación de la conquista, tened en cuenta la austeri-

dad de costumbres y la magnanimidad del franciscano Salanueva, y una voluntad firme realizada por la herencia como una concreción granítica, encausada en el sentido del bien, en un horizonte más extenso en donde las aspiraciones tuvieron mayor campo de exploración y no se detuvieron á envidiar al cura de la parroquia del pueblecillo, y se tendrá la clave de los antecedentes del niño Juárez, que servirá de guía no sólo al padre de familia, no sólo al educador sino también al gobernante.

Esta primera etapa de la vida del Sr. Juárez no ha sido estéril, las huellas profundas que dejó en el corazón de los que le vieron surgir de la humildad más obscura para escalar los primeros lugares de la sociedad hasta llegar á decidir de la suerte de todo un país, se ha transmitido de padres á hijos como una leyenda sagrada; su constancia y firmeza así como los grandes sufrimientos que tuvo que resistir para la salvación de nuestra nacionalidad, son las narraciones que en los hogares indígenas, al calor del fogón oímos en nuestros primeros años de los labios de nuestros mayores, más ó menos deformada, pero en el fondo la misma, y no sería remoto ni aventurado decir que á esa gran enseñanza de lo que puede el esfuerzo continuo, es debido el contingente de hombres notables que el Estado de Oaxaca ha dado al país, y que ha fomentado la aspiración que para salir del medio asfixiante de obscuridad y de pobreza, obedece la emigración de jóvenes de ese Estado, que se lanzan á los grandes centros á la conquista de un porvenir, sin más apoyo material que las nobles ambiciones y la resolución de vencer los obstáculos que se presenten y sin más apoyo moral que el que la fortuna les depare en el camino.

Pero sigamos á grandes rasgos la marcha de Juárez por el escenario de la vida. Es seguro que por su mente debió pasar la idea del sacerdocio como una de las aspiraciones más extendidas entre las familias indígenas; mas por una feliz

coincidencia, tuvo oportunidad de estar en aptitud de inscribirse como alumno de las clases de Derecho y tomar el nuevo camino que á la juventud de su tiempo se le presentó con esta nueva carrera en Oaxaca.

¿Y qué estudios más apropiados y adaptables á un corazón y un carácter como el del joven Juárez que el estudio del Derecho? Los principios de justicia infiltrándose en su inteligencia, que era el Derecho una invencible arma del débil contra el fuerte, que la ley era el cartabón al que deben sujetarse el prócer como el último plebeyo, en suma, siendo la Jurisprudencia un ramo del saber humano que se relaciona tan íntimamente con la vida de los pueblos que la orienta y la dirige, en Juárez se fué formando así la convicción de que para el remedio de los males que sufría el país, se necesitaba voluntad decidida de querer remediarlos y leyes apropiadas que debían forzosamente que ser cumplidas.

Los principios universales de justicia que se desconocían en las arbitrariedades de los mandatarios, de lo que debía ser en contraposición de lo que era entonces, el estado actual de cosas en la sociedad á la que había penetrado después de abandonar la soledad de sus montañas, con lo que exigían las necesidades y la justicia, el presente en pugna con el porvenir, hicieron brotar de su cerebro lleno de energías, los primeros destellos de una lucha que tendría que removerlo todo, que sacudirlo todo, que destruirlo todo, para reedificarlo todo, para regularizarlo todo, para crearlo todo. Entonces comienza á delinearse la figura del ciudadano, del político y del estadista que tendría entre sus manos los más graves problemas sociales, en que se producirían choques formidables de encontrados intereses y derechos, para transformarse en calor y movimiento de pasiones, luchas armadas en que se cometerían todos los atentados, luchas intelectuales en que funcionarían grandes cerebros capaces de las mayores concepciones de la intelectualidad humana, en que se heri-

rían los más profundos sentimientos capaces de todos los heroísmos; pero entonces también se delinea la gigantesca figura del patriota, que antes que su ambición é interés personal, está el interés de todos, que antes que el derecho de uno sólo está el de la colectividad, que sobre los privilegios, que sobre el poder que creaban estos mismos estaba la libertad de todos y el engrandecimiento y salvación de la Patria.

Concebido un inmenso programa de reformas, esperó el curso de los acontecimientos, y, por esa ley ineludible de la Historia: que los grandes acontecimientos dan origen á los grandes hombres, la gran revolución de nuestra reforma hizo surgir á muchos, y entre ellos surgió Juárez que fué el que encarnó ese gran movimiento y quien por sus virtudes fué el más á propósito para ese período histórico.

Todos conocemos cómo ascendió de su pueblecillo al aula, luego á los diversos puestos públicos hasta la Suprema Magistratura de la Nación.

Desde aquí la personalidad del Sr. Juárez se agiganta y el obscuro hijo del pueblo es el ciudadano y el patriota que cumple y hace cumplir las leyes y se sacrifica todo por la Patria.

Ni la índole ni los estrechos límites que el tiempo me hace poner á este trabajo son á propósito para seguir paso á paso la vida del Presidente Juárez, y enumerar todas las enseñanzas que puede obtener la juventud; baste decir que la historia lo juzga como una gloria universal que honra á la humanidad, y que para nosotros no sólo es el salvador de la nacionalidad mexicana, sino el gran reformador, que dió á su obra la base incombible de la moral y de la justicia imprimiéndole la misma incombilidad de su carácter.

Pero analicemos aunque sea á grandes rasgos los elementos meramente humanos con que Juárez convertido en idea, fuerza y luz llevó á término su obra de regeneración.

Dos fueron los elementos meramente personales con que Juárez aceptó la lucha clerical y la invasión extranjera; su incontrastable fuerza de voluntad, y la severidad de la ley.

Esta gran voluntad se transformó en movimiento con la realidad de una ley física; mas este cambio no fué la fatal modificación de la materia vibrante que la lleva del sonido al calor para estallar en chispas que se esparcen y se apagan, como consecuencias de un desequilibrio de fuerzas, nó, y esto es lo admirable en la parte psíquica del Sr. Juárez; como manifestación de esa gran potencia de voluntad, surgen notablemente de relieve los elementos constitutivos de todo gran carácter, *la reflexión ó prudencia, el valor y la constancia.*

Hijo de la clase más desheredada, atravesó con su fuerza volcánica las inmensas capas sociales superpuestas á aquella en que había nacido y, al atravesarlas conoció todas las grandes necesidades del pueblo, sus grandes defectos, los males que le devoraban, las trabas para su progreso, las luchas de los intereses contrapuestos y las diversas aspiraciones, formándose la convicción de que para grandes males grandes remedios, que si había trabas al mejoramiento social, había que removerlas de raíz, que para resolver en la lucha de intereses contrapuestos había que atender al de la colectividad y aceptar el sacrificio de uno para la salvación de todos. Por esto, para tomar ó no una resolución analizaba mucho, su gran prudencia refrenaba los primeros impulsos, escuchaba y atendía al derecho de los demás y entonces decidía. Esta cualidad fué una manifestación de su voluntad pasiva, digna de ser imitada todos los días y en todos los momentos de la vida.

Si tanta energía se necesita para hacer, más se necesita para no hacer lo inconveniente, aunque se quiera.

A este propósito uno de nuestros más distinguidos escritores dice: "Oía mucho y hablaba poco; pero cuando hablaba era para dictar una orden que tenía forzosamente que

ser obedecida. Meditaba mucho antes de resolverse; pero una vez resuelto no cejaba jamás ni ante el desastre." (1)

Con su gran prudencia estaba el amor á su pueblo. Se sacrificó él mismo por la salvación de todos. Los continuos ataques de sus enemigos formidables no lo llevaron á la exasperación ni lo arrastraron á obrar en diverso sentido del que era conveniente para la causa de la justicia.

No fué un pasional ni por lo tanto un autómatas de su voluntad. La razón fría y serena lo mantuvo en ese equilibrio admirable en que pudo sobreponerse á sí mismo, á todos los hombres y á todos los acontecimientos.

Hijo de una fuerza volcánica que lo trajo de las más profundas entrañas de la sociedad, fué de consistencia plutónica capaz de resistir al calor de todas las fraguas de odio y al forjamiento en todos los yunques de la adversidad. Coloso de granito que sólo pudo ser lanzado por una fuerza volcánica, permaneció frío como el bronce entre lenguas de fuego é incommovible en las trepidaciones sociales.

Por eso en él todo era firmeza, sus negativas rotundas, sin preocuparle la gloria del presente ni la censura de los que no creían en él; su acción ó su inacción eran hijas de su gran calma para considerar el aspecto de las cosas. Nada le hizo variar una resolución cuando era en bien público, ni las adulaciones ni las amenazas aunque vinieran del cielo, por eso su gran *NO* á las rogativas para la salvación de la vida de Maximiliano, por más que se le amenazaba con toda la Europa monárquica, conmovió más al mundo entero que las sensacionales revelaciones de la política de Bismark.

A la gran prudencia del Sr. Juárez está unida su constancia como otra de sus más grandes virtudes, si no es que el primero de los elementos constitutivos de su gran carácter.

En cualquiera circunstancia en que se le vea, ya sea en

(1) Rafael de Zayas y Enriquez.